El argumento de la exposición se articula alrededor de la idea de «sujeto» desde los orígenes de la Filosofía hasta el pensamiento post-moderno, y se concluye que desde «Anaximandro a Fichte, la tradición filosófica se hilvana con el concepto de sujeto, de modo que su emergencia y desarrollo son los que la hacen comprensible». De este modo, los filósofos guardarían más coincidencias de fondo que verdaderas discrepancias, y que las diversas propuestas responden en realidad a formas —enriquecedoras— de decir lo mismo.

El libro propone ser una interpretación filosófica más que ser un texto de historia de la filosofía. De hecho, la cuestión metodológica de base es ésta: que no es posible hacer historia de la filosofía sin hacer, a la vez, una reflexión filosófica. La mera enumeración de doctrinas filosóficas, junto con los textos pertinentes y los estudios más autorizados, no son capaces de reconducir a una unidad la historia de la filosofía. Para alcanzarla es preciso realizar a su vez una lectura filosófica de la historia de la filosofía.

La obra está estructurada en siete capítulos en donde se pasa revista a la noción de sujeto desde los presocráticos (capítulo 1) y la madurez del pensamiento clásico (capítulo 2), pasando por el cristianismo y la filosofía (capítulo 3), con una especial referencia a Santo Tomás de Aquino (capítulo 4), hasta llegar a la modernidad (capítulo 5) estudiando con más atención a Kant (capítulo 6) y la Ilustración, el idealismo y el romanticismo (capítulo 7).

Se ha evitado el tono erudito y académico que haría fatigosa la lectura; se ha preferido el estilo más cercano al ensayo, pero sin afirmaciones gratuitas. El lenguaje es claro y accesible, pensado más para un alumnado universitario;

no obstante el especialista lo leerá con aprovechamiento por la finura de los análisis filosóficos que se llevan a cabo.

José Ángel García-Cuadrado

Alfonso PÉREZ DE LABORDA, *El mundo como creación. Ensayo de filosofía teológica*, Encuentro, Madrid 2002, 380 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-665-2.

Este libro trata de intersecciones. Como un mapa, sus páginas van delineando caminos y accidentes geográficos y barreras de todo tipo. Pero el autor subraya los cruces, los puntos de unión, y se detiene en aquellos lugares que remiten más allá de sí mismos. Se trata de un mapa intelectual, de sendas recorridas por el pensamiento y de horizontes que se abren a nuestra razón. Diría más: es el mapa intelectual del corazón del hombre. Un mapa que encierra calor y verdad: auténtica geografía del espíritu y biografía del alma.

Más técnicamente el libro trata de filosofía teológica: ese lugar —portillo, lo llama repetidamente el autor— al que llega el ejercicio natural de la razón y desde donde se atisba un horizonte que la supera infinitamente. Y su objeto queda declarado en el propio título del libro: *El mundo como creación*. Una sencilla mirada al índice nos muestra su temática dividida en dos partes.

La primera parte trata sobre la realidad y su subtítulo coincide con el del conjunto de la obra. En estas páginas se enuncian los principios teóricos que se utilizan en el resto del libro. Lógicamente ha de explicar qué entiende por filosofía teológica, lo cual supone adentrarse en la distinción entre filosofía y teología. Es preciso subrayar que la distinción supone también su unión, y ésta se cifra justamente en el carácter ra-

cional de los distintos saberes. Ahora bien, eso significa que hace falta una definición adecuada de razón humana: una explicación suficiente de su naturaleza, de su ejercicio y de sus límites. Eso no sería posible si desconociésemos tanto el papel del saber ordinario como el valor del conocimiento científico. Pero aclarar este punto supone, además, delinear la distinción entre el uso puro y el uso práctico de la razón. La terminología de la distinción es claramente kantiana, pero su desarrollo es original del autor.

La segunda parte repite el título del libro, pero el subtítulo resulta revelador: «Esbozo de una dogmática de la creación». En ella el autor se adentra en el pensamiento sobre la creación de los Padres de la Iglesia, desde San Justino hasta San Agustín. De ahí salta a consideraciones científicas y filosóficas actuales: comienza estudiando la relevancia del principio antrópico para la consideración del mundo como creado, prosigue con la discusión cosmológica entre Newton y Leibniz y concluye con la reflexión sobre la relación entre la teoría cosmológica del big-bang y la dogmática del acto de la creación. De este modo llega al último capítulo del libro, titulado: «¿Cómo entender la Creación hoy?».

Todo el libro puede considerarse como una «defensa apasionada y amorosa de la realidad» (p. 10), de la que podemos dar cuenta (p. 79). Pero una cuenta razonada, formada por razones coherentes (pp. 81, 365). Y ahí se incluye la ciencia y la ética, la filosofía y la teología. Para el autor, «la creación sólo puede vislumbrarse desde la filosofía teológica, pertenece por derecho propio a la revelación divina» (p. 336). Lo cual deja en el aire todavía la naturaleza misma del portillo que separa y une, y así

se hace posible la transición entre la razón pura y la razón práctica.

Considero que el autor expresa muy bien el tono de este libro: «son páginas filosóficas, sin duda, pero que han visto un resplandor —¿o quizá sólo han imaginado verlo?—; un resplandor que viene de otra parte, de otro lugar, de un más allá de la-realidad-de-lo-real-que-produzco-racionalmente» (p. 129). Y no se puede dejar de estar de acuerdo cuando dice «que la teología de la creación es la tarea de los próximos años del pensar teológico... Para ello hay que considerar el universo como un todo, en una realidad única... Sólo desde ella se plantea el origen y la finalidad de todo como algo que, quizá, muestra a las miradas atentas huellas, trazas, impresiones, sonidos, señales, que nos apuntan más allá de ese mismo todo» (p. 275).

Enrique R. Moros

Luis ROMERA, *Introduzione alla domanda metafisica*, Armando Editore, Roma 2003, 251 pp., 15 x 22, ISBN 88-8358-617-4.

Introducción a la pregunta metafísica. El libro que ha escrito el profesor Luis Romera ofrece exactamente lo que promete. Se trata, en primer lugar de una introducción, aunque sea tan amplia como las 251 apretadas páginas que componen todo el libro. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que una introducción a la metafísica sólo puede ser ya enteramente metafísica. Así pues, estas páginas son metafísica rigurosa y excelente. Por eso el adjetivo con el que se cierra el título le cuadra perfectamente. Por último, todo el andamiaje intelectual que estructura los cuatro capítulos que componen el libro se levanta sobre